



## Tiempo, complejidad e incertidumbre en las Ciencias Sociales

**Gustavo Serrano Padilla**

**Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM**

[gustavosp94@outlook.com](mailto:gustavosp94@outlook.com)

¿Cómo entender y abordar el mundo contemporáneo? ¿Cuáles son las notas que lo caracterizan y a qué retos se enfrentan las Ciencias Sociales en su búsqueda por comprender los diversos procesos que en él se dan? Sin lugar a duda, desde diversos diagnósticos contemporáneos e incluso desde la experiencia cotidiana, el mundo aparece como un amasijo de flujos, sucesos, acontecimientos y procesos que, la mayoría de las veces, escapan a la comprensión y control de los humanos. No es preciso insistir, entonces, en el diagnóstico mismo, sino en las posibilidades de construcción de conocimiento frente a una complejidad creciente. Al mismo tiempo, frente a los acontecimientos locales, regionales y globales que se han sucedido en los últimos años, el tiempo futuro aparece como esencialmente problemático. Éste ya no se presenta bajo la forma de un dominio por colonizar, sino bajo la sombra de un futuro amenazante y, sobre todo, incierto, en el que nuestras formas de habitar, vivir e incluso la supervivencia de la especie humana se encuentran amenazadas (Jonas, 1995).

En ese sentido propongo la reflexión en torno a una serie de problemáticas que, en conjunto, se presentan como una suerte de retos y obstáculos en el quehacer científico de las Ciencias Sociales. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué y cómo podemos decir aquello sobre lo cual tenemos pocas certezas? ¿De qué forma el mundo contemporáneo -con sus notas características- invita a reflexionar sobre nuestras propias estructuras del saber? Estas preguntas no hacen sino posibilitar una reflexión profunda y necesaria en torno a las formas en que conducimos, construimos y compartimos el conocimiento: la reflexión se centra, entonces, en dos vías fundamentales. En primer lugar, es preciso atender los paradigmas bajo los cuales se ha propuesto la generación del conocimiento y, en segundo lugar, resulta imprescindible generar alternativas y propuestas conceptuales que permitan generar andamiajes más acordes a los retos que el mundo contemporáneo plantea. En ese sentido, propondré una sucinta reflexión en torno al concepto de *incertidumbre* como categoría enraizada en una forma de hacer investigación, lo cual exige una breve reflexión sobre el propio concepto de *tiempo y temporalidad*, en específico, la temporalidad del porvenir.



El mundo contemporáneo, asistiendo a un lugar común, se presenta como un lugar complejo, las relaciones que se suceden en él dificultan la producción de un conocimiento totalizante tal y como algunos paradigmas clásicos del cientificismo aseguraban. La dimensión del tiempo, en este sentido, se presenta esencialmente problemática en tanto plantea la noción de un futuro abierto, indeterminado, contingente y marcado por la incertidumbre. Que los conocimientos de hace 100 años resulten poco válidos para el mundo actual es, de nuevo, una idea ampliamente compartida por la mayor parte de los círculos científicos; sin embargo, ¿qué hacer ante un panorama en el que la constante producción de conocimiento no hace sino generar nuevas incertidumbres?

Sin embargo, antes de abordar dicha problemática, sería prudente detenerse a pensar de qué hablamos cuando decimos que algo, el mundo, la realidad social, son complejos. Pues, efectivamente, dicha palabra ha tenido una suerte de “boom” casi mediático en los últimos años al interior de las Universidades. Prueba de eso, por ejemplo, es la creación más o menos novedosa, de distintos institutos cuyos nombres pueden rezar “Instituto de las Ciencias de la Complejidad” o construcciones parecidas. Pero, con todo y el éxito que esto pueda representar, es preciso reconocer que la creación y la burocratización de Institutos en pos del conocimiento complejo no significa, necesariamente, que éste se lleve a cabo dentro de las Universidades como parte de la formación científico-social.

Quisiera, en ese sentido, construir una reflexión en tres momentos que, lejos de señalar posibles soluciones, se conforme con presentar algunas de las problemáticas más relevantes para entender qué es la complejidad. Aunado a esto, propondré pensar una noción particular de tiempo que, en sintonía con el pensamiento complejo, busque abordar los diversos matices y diversificaciones de éste. Finalmente, a partir de una reflexión sobre el tiempo, se articulará la noción de incertidumbre, propia de la sociedad contemporáneo y, por decirlo de alguna manera, olvidada en la mayoría de las reflexiones. La incertidumbre, se argumentará, no solamente es una experiencia nefasta que produce malestar, sino un signo constitutivo de nuestro tiempo al que resulta preciso mirar, atender y profundizar a fin de ofrecer diversos andamiajes analíticos que permitan su aprehensión desde una epistemología de la complejidad.

### **Sobre la complejidad, discursos y usos**



No hace mucho tiempo, en alguna clase de la Licenciatura, recuerdo escuchar al profesor hablar con emoción de lo que él denominaba, con una emoción indescriptible, “la complejidad”. La clase continuaba entre los rostros asombrados de los y las alumnas; el discurso del profesor, como tal, argumentaba la necesidad de concebir una realidad compleja y disputaba el conocimiento con, lo que, en ese entonces, denominaba “paradigmas simplificadores”, en los que, a falta de un oponente contundente, se conformaba con mencionar al “positivismo” propio de los conductistas y científicos “duros”. Asisten a la memoria, como en cascada, aquellos nombres de autores (en su mayoría europeos) que habían abonado a la construcción de una teoría/paradigma de la complejidad: Edgar Morin, Bertalanffy y Niklas Luhmann eran, por supuesto, referencias obligadas. Éste último fue, quizás, el autor que más se discutió pues, evocando aquellas palabras rasposas de mi profesor: había revolucionado la forma de entender y hacer Ciencia Social.

Lo complejo parecía, en ese entonces, una suerte de panacea para las Ciencias Sociales resultaba factible pensar que sólo a través de la complejidad era posible la construcción de un conocimiento adecuado para la realidad social a las que nos enfrentábamos. Sin embargo, con el pesar y el pasar de las clases, quedaba una sensación de que, en rigor, poca diferencia había entre la complejidad postulada por el profesor y los diversos paradigmas que convivían en la Facultad. Resultaba que, al final, lo complejo se hacía simple al resultar esquematizado en una serie de diagramas de flujo, de jerarquías y de interacciones entre los denominados “sistemas” que no hacían otra cosa que cristalizar algo que, daba la sensación seguía en proceso.

Junto a la palabra complejidad aparecían otras tantas que, de igual forma que esta, causaban perplejidad y emoción: interdisciplina, transdisciplina, multidisciplina. En medio de un conflicto bastante inexplicable entre los departamentos de las “múltiples” psicologías, algunos argumentaban la necesidad de discutir y confrontar conocimientos con “los del otro edificio”, algunos otros se limitaban a decir que aquello no era más que una moda pasajera. Entre tanto los alumnos, en sus primeros semestres, no entendían bien a bien qué implicaciones tenían aquellas propuestas, con el tiempo y con la elección de un área específica del conocimiento se entendía que aquello no era sino una cuestión trivial, burocrática y ególatra entre aquellos que, todavía, creían poseer el monopolio de una “verdad”.

De cualquier forma, cuando se escucha a alguien hablar de multi-, trans-, inter- o algún otro prefijo de las disciplinas, habría que preguntarse cuál es la idea de fondo que esos discursos



encubren. Ciertamente, al utilizar estos prefijos no se deja de lado la cuestión disciplinar y, entonces, muchas veces se ha propuesto que a través del dialogo y la discusión entre “expertos” de diferentes disciplinas, sería posible abordar el problema de forma “compleja”. Sin embargo, lo que sucede es que, muy en el fondo, el problema sigue siendo el mismo: se suponía una suerte de disciplinarización del conocimiento en diversas ramas y áreas a las que, de una forma u otra, había que ponerlas a “discutir” en foros, congresos y coloquios. En efecto, cuando alguno de esos eventos se celebraba lo único que solía suceder era una serie de confrontaciones más o menos sin sentido en las que, al cruzar la puerta, cada quien seguía manteniendo una perspectiva parcelaria y, sobre todo, con la creencia del monopolio del saber y la “verdad”.

La cuestión, más allá de la simple anécdota, resulta crucial. Por un lado, manifiesta el interés creciente que la “complejidad” ha adquirido en torno a los últimos años dentro de las Universidades. Es fácil escuchar hablar de complejidad al interior de las aulas en carreras como Psicología, Antropología, Sociología o Comunicación; lo segundo es que, al igual que los alumnos perplejos de aquel profesor, hoy en día es preciso continuar pensando y reflexionando: ¿qué es la complejidad? ¿qué significa “asumir que la realidad es compleja”? ¿existe alguna diferencia entre decir “la complejidad” o hablar del “paradigma de la complejidad” y de la “epistemología de la complejidad”? Estas preguntas, aunque resulten aburridas, parecen ser fundamentales pues, como concluyen varios autores, la reflexión y el replanteamiento de aquello que tanto damos por sentado, resulta ser una vía de acceso a la reconfiguración del propio conocimiento.

En efecto, al interior de las universidades, en la educación superior e incluso en los diversos cubículos de los institutos, sigue permeando aquella vieja idea según la cual la realidad, el mundo o el pensamiento, se encuentran parcelarizados. La fragmentación del conocimiento, encarnada en los departamentos universitarios es, probablemente, causa y síntoma de la dificultad aún manifiesta al hablar de complejidad, pues, efectivamente, suponer un solipsismo de cualquier corte (biológico, físico, psicológico, matemático, etcétera) supone, de entrada, una reducción de la multidimensionalidad propia de cualquier fenómeno.

Esta institucionalización que se dio a principios del siglo XIX (Wallerstein, 2004), se encontraba claramente influenciada por el predominio cultural de la ciencia newtoniana y sus directrices primordiales sobre la naturaleza del espacio, del tiempo y del mundo. En términos concretos, asimilaba la idea de una concepción determinista del mundo, misma que se convirtió en



central para el ejercicio de lo que se podría denominar la ciencia moderna y alguno de sus avatares más conocidos.

No cabe duda de que hoy es fácil escuchar hablar de complejidad, pues durante los últimos años ha surgido como un paradigma que, cada vez con más fuerza, gana adeptos al interior de las Facultades. Incluso, se podría aventurar que existe un *panteón* de autores celebres a quienes se les adjudica la fundación y el desarrollo de dicho paradigma, de tal suerte que bastará invocar el nombre de alguno de ellos para asumirse dentro de la vanguardia científica de la complejidad.

Lo que suele suceder es que, al acudir a uno de esos grandes nombres se olvida que, también, los conocimientos son temporales, caducos y que puede que no siempre resulten adecuados. Hay quienes acuden al ya mencionado Niklas Luhmann y su famosa teoría de sistemas para explicitar la complejidad, otros tantos aun insisten en la relectura de Edgar Morin o de Bertalanffy. El problema es que, en efecto, la “complejidad” no puede reducirse a ser un simple cumulo de términos, autores y palabras utilizadas *a la carte* según convenga en tal o cual circunstancia.

La palabra “complejidad”, como dice Edgar Morin (1990), nos interpela, trastoca los elementos conocidos del mundo, expresa nuestra perplejidad ante un mundo que ya no es más aquel terreno fértil para la colonización tecnológica, sino un páramo esencialmente problemático, contradictorio e inacabado; nos coloca ante la imposibilidad de etiquetar y ordenar, de clasificar, de jerarquizar. Asumir la complejidad no solamente es una metodología como se ha querido hacer ver en múltiples cursos y conferencias dedicadas al tema; es, ante todo, una toma de postura frente al mundo y a las capacidades de producción de conocimiento con las que contamos.

Se suele asociar la palabra complejidad a una forma de investigación más o menos reciente, según la cual, muchos de los procesos (sociales, físicos, biológicos, económicos, culturales, etcétera) se encuentran interconectados de formas *no-evidentes* al ojo del investigador. Por lo tanto, diversos elementos se encontrarían articulados y, para ofrecer una explicación adecuada de cierto fenómeno habría que posibilitar una mirada amplia que abarque la mayor parte del entretrejido en el que ese fenómeno se da. Dar cuenta a cabalidad de lo que significa la palabra “complejidad” resulta una tarea, por decir lo menos, agotadora. Y es que, como bien señala el propio Morin, sufre una “pesada tara semántica porque lleva en su seno confusión, incertidumbre, desorden” (Morin, 1990, p. 21). Una de las primeras definiciones es que lo complejo resulta ser aquello que no puede



definirse en una palabra maestra, en una idea simple; por lo tanto, lo “complejo” no podría resumirse en la palabra “complejidad”, pues para entenderlo habría que considerar la amplia constelación conceptual que envuelve dicho fenómeno. La complejidad, como tal, se presenta como una *palabra problema* antes que como una *palabra solución*. Y es, precisamente esta acotación, la que ha permeado mucho del pensamiento complejo al interior de ciertos círculos académicos, pues en efecto: antes de seguir la vía de la problematización desde la complejidad, se ha optado por tomarla como una solución, una especie de *deus ex machina* del conocimiento dedicada, curiosamente, a simplificar la tarea de investigación.

Quizás, como forma de resumen y brevísima conclusión, podría decirse que, en rigor, la complejidad y sus múltiples avatares (pensamiento complejo, metodología compleja) no se han convertido en otra cosa que en una suerte de *certidumbre* del pensamiento. Una forma a la que se acude corrientemente y que se ha objetivado en múltiples discursos y usos. Es, precisamente, esta idea la que quisiera disputar. ¿La complejidad no sería -contrario a aquellos discursos- una forma *incierta* de avocarse al conocimiento? La vieja y generalizada tendencia a hacer de lo movable algo fijo y de lo impredecible algo estadísticamente comprobable ha permeado en muchos de los campos que, de origen, se asumían como caóticos, desordenados y contingentes.

Al respecto, vuelve a señalar Morin (1990), es preciso disipar dos ilusiones ampliamente difundidas cuando se habla de complejidad. La primera es la creencia según la cual el pensamiento complejo conduce a la eliminación de la simplicidad. Ciertamente, entre ambos conceptos existe una especie de pugna y antagonismo semántico, pero antes que excluir aquella simplicidad, la complejidad apuesta por integrarla dentro de sus propias explicaciones. Mientras que el pensamiento simplificador suele eliminar y desintegrar la complejidad de lo real, el pensamiento complejo integra estos modos de pensar, rechazando sus consecuencias mutilantes, reduccionistas y cegadoras.

La segunda ilusión que Morin propone disipar es aquella que confunde la *complejidad* con la *completud*. Si bien es cierto que el conocimiento complejo apuesta por una construcción multidimensional de las diversas articulaciones entre los dominios disciplinarios fracturados por el pensamiento disgregador, es preciso tomar consciencia que esto no implica una suerte de conocimiento *total*, ni *totalizante*, la *omnisciencia* es una mera ilusión provocada, quizás, por diversos malentendidos a la hora de hablar de complejidad. Pues, en efecto, como se tratará de



explicitar a lo largo del texto, existen por lo menos dos razones para ir en contra de este razonamiento, ambos conectados con la conceptualización propia del tiempo que discutiremos más adelante: en primer lugar, cada uno de los fenómenos que estudiamos se localizan en tiempo, espacio y en un momento histórico determinado, esto hace que a cada momento la constelación conceptual y multidimensional en la que se localiza el fenómeno cambie. En segundo lugar, al introducir la noción de *tiempo* futuro y, sobre todo, de incertidumbre, es preciso comprender que tanto mundo como conocimiento se encuentran en un constante *proceso* de constitución. Pensar en un conocimiento omnisciente y omniabarcador sería negar, por un lado, la historicidad y temporalidad propia de los fenómenos sociales y, por el otro, suponer la posibilidad de un conocimiento situado por encima del propio tiempo. Ambos principios son, de manera general, aquellos de la incompletud y la incertidumbre. Tal y como argumentaba Pascal “todas las cosas son causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas e inmediatas y que todas subsiste por un lazo natural e insensible que liga a las más alejadas y a las más diferentes” (citado en Morin, 1990, p. 23). Por lo tanto, el pensamiento complejo se sitúa entre la tensión de reconocer un mundo como un proceso inacabado y la aspiración a un saber no parcelado y no reduccionista. Es, precisamente, sobre estas observaciones que quisiera insistir, pues invitan a reflexionar sobre elementos epistemológicos e incluso ontológicos que deben ser planteados para la reflexión y construcción de un andamiaje sobre la complejidad.

### **Sobre la epistemología y la ontología de la complejidad: el papel de la incertidumbre**

La brevísima recapitulación y las sucintas anécdotas narradas anteriormente no son otra cosa que una suerte de preámbulo dedicado a dirigir la atención hacia una reflexión más profunda sobre el término “complejidad”, sus usos y, fundamentalmente, sus potencialidades. Normalmente, se asocia la palabra complejidad a una suerte de metodología, de receta *sui generis* propia de los proyectos de investigación; sin embargo, es preciso resaltar que de la *metodología de la complejidad* hacia el *pensamiento complejo* resulta existir un trecho difícil de sortear. En efecto, como apuntan algunos autores (Morin, Iniesta), se puede ejercer una metodología compleja sin, precisamente, establecer un pensamiento complejo. A pesar de lo difícil que esta afirmación pueda resultar, bastará con observar algunas de las investigaciones recientes para darse cuenta de que no por suponer y explicitar las relaciones profundas de los diversos fenómenos, se dan cuenta de las dinámicas teóricas, conceptuales y empíricas subyacentes a los mismos.





Ante ello, es preciso insistir en algunas de las notas y obstáculos descritos por el propio Edgar Morin (1990). La idea de un mundo inacabado, un mundo cuya naturaleza es eminentemente procesual y contextual sirve como punto de partida para extender la reflexión sobre la complejidad y asumir que, de entre la amplia constelación conceptual de la que es parte, el concepto de *incertidumbre* aparece permeando la forma de entender la complejidad. Esto se puede entender de dos formas, según lo apunta Wallerstein (2004): la primera como una incertidumbre propia del saber, esto es: la premisa según la cual un conocimiento que lo abarque todo y que lo ilumine todo es, francamente, imposible (ilusión de la totalidad, en términos de Morin); la segunda concepción tiene que ver con la forma del propio mundo y de los fenómenos que en él acontecen, a saber, la idea de la incertidumbre como principio básico de las cosas en el mundo y la idea de una ontología de lo *todavía-no-acabado*<sup>1</sup>.

Junto a esta dimensión se abre, entonces, la idea de la incertidumbre como propia de una epistemología de la complejidad en los dos sentidos antes mencionados. Para comprender qué significa la incertidumbre, sobre todo en la dimensión del mundo inacabado, es preciso atender las cuestiones temporales que de ella emanan y, por lo tanto, reflexionar brevemente sobre la idea y matriz del *tiempo* como concepto epistemológico dentro de las ciencias sociales.

Como concepto, es posible reconocer diversas aportaciones sobre la *incertidumbre* desde una multiplicidad amplia de las Ciencias Sociales. Al respecto, en un trabajo de reciente publicación, el sociólogo español Ramón Ramos Torre (2020) identifica por lo menos cuatro campos de reflexión en los que la *incertidumbre* aparece como concepto medular, articulando diversas relaciones con las nociones de *riesgo*, *crisis* e *ignorancia*.

El primero de ellos deriva, de manera frontal, del trabajo clásico de Ulrich Beck en torno a la sociedad del riesgo. Según este diagnóstico de *época*, a través de los efectos perversos de la alta tecnología y los riesgos cada vez más incontrolables y globales que de ella derivan, se desprende una caracterización que invita a asumir la profunda vivencia y experiencia del riesgo como articuladora de la experiencia social contemporánea. Ante ello, apuntaba Beck, resulta difícil entender el funcionamiento de los llamados *dispositivos de control de riesgo*, pues estos se encuentran, efectivamente, desbordados por la incertidumbre ante asuntos *no-probabilizables*.

---

<sup>1</sup> Sobre la ontología de lo no-acabado, se sugiere revisar la trilogía de Ernst Bloch titulada “El principio esperanza”





En segundo lugar, Ramón Ramos (2020), sitúa las reflexiones de Michel Foucault y de algunos de sus seguidores. A partir de los textos *Estado y seguridad*, así como *El nacimiento de la biopolítica*, Ramos rastrea el *corpus* de la incertidumbre en la obra foucaultiana aparejado con la dualidad libertad/seguridad. Entre los mecanismos que aseguran la posibilidad de la libertad y, al mismo tiempo, la cercenan se encuentra la experiencia de la incertidumbre como un “bien apetecible”, pues sólo a través de ella se configura la libertad única del individuo frente a un Estado que amenaza con cortar y controlar cualquier experiencia límite.

Las aportaciones de Luhmann al respecto, como ya se mencionó anteriormente, resultan sustantivas. Según el paradigma del pensador alemán, los sistemas en general y, en específico, los sistemas sociales, se encuentran destinados trágicamente a comunicar únicamente incertidumbre. El énfasis en el par incertidumbre/ignorancia, permite comprender la propuesta luhmaniana como abocada, eminentemente, a la incapacidad de gestionar las incertidumbres dentro de la teoría de sistemas. Únicamente se puede ser observado a partir de las distinciones y los códigos propios de cada sistema, generando una ceguera frente a aquello que escapa de la codificación. Por lo tanto, en términos de Luhmann, sólo es posible sobreponerse a la incertidumbre sistémica a través de la generación de acuerdos coyunturales y frágiles cuya certeza es mínima y estos, al mismo tiempo, deben ser reflexionados y revisados a partir de los distintos momentos del par sistema/entorno en el tiempo.

En otras coordenadas teóricas y pragmáticas, la sociología del trabajo y la vida cotidiana a través de los trabajos de Zygmunt Bauman o Richard Sennett, ponen de manifiesto la vivencia de la incertidumbre y cómo impacta en la construcción de las biografías humanas e, incluso, colectivas. Asumiendo que toda forma de vida es, al mismo tiempo, una construcción narrativa, la incertidumbre se entiende en este caso como una suerte de experiencia que imposibilita la generación de relatos firmes y coherentes. A través de algunos trabajos empíricos en ambientes laborales o cotidianos, la *incertidumbre* se manifiesta como una vivencia generalizada fruto de las transformaciones en el ámbito laboral y, fundamentalmente, como un producto de la aceleración social, técnica y tecnológica. De esta forma, las aportaciones englobadas en esta línea podrían considerarse como una suerte de Sociología Crítica de la incertidumbre. A la par de esta matriz, existe otra forma de concebir el papel de la *incertidumbre* en la vida contemporánea, a saber: aquella que celebra sus avatares. A través del ocio extremo, del deporte altamente riesgosos y de



la búsqueda de experiencias límites que “afirmen el yo”, la incertidumbre adquiere un matiz de deseabilidad, es precisamente ella la que permite desbocar los aparatos constrictivos del Estado y las formas típicas de ocio.

Finalmente, en el campo de la ciencia y la tecnología (que es, quizás, el ámbito fundamental que interesa en este texto), la incertidumbre se ha visto envuelta en, por decirlo de alguna manera, un camino de reconocimiento. Después de un largo periodo en el que se asumía que la ciencia y el saber tenían la meta exclusiva de ofrecer “la verdad” a través de métodos rigurosos, hoy se cae en cuenta que dicha tarea resulta, francamente, imposible. De esta forma, asistimos a lo que desde múltiples perspectivas se caracteriza como “ciencia posnormal”. Desde esta perspectiva hay dos formas complementarias de entender la noción de *incertidumbre*. La primera de ellas, de naturaleza óptica, hace referencia a la determinación profunda de las cosas que observamos como inciertas; existe, dicen algunos autores, una opacidad en el mundo indescartable. Y antes que buscar cómo negar o eliminar dicha opacidad, es preciso entenderla y asumir la posición y el alcance limitado del conocimiento que generamos. En segundo lugar, hay una *incertidumbre epistémica*, esta forma de comprender lo incierto, como ya se ha comentado con anterioridad, refiere a los propios límites del conocimiento generado; la forma clásica de entender el progreso del conocimiento dictaba que “aún no sabemos, pero llegaremos a saber”, a partir de las directrices de la ciencia “posnormal” es preciso entender que, quizás, nunca llegaremos a saber del todo, ni a comprender en su totalidad las intersecciones y conexiones de las múltiples dimensiones inscritas en cada uno de los universos que observamos.

Este mapeo no ha podido ser sino selectivo y acotado. Sin embargo, permite concluir algunas cosas de cara al reto de afrontar la incertidumbre. En primer lugar, es preciso concebir que la incertidumbre se dice de muchas maneras, desde perspectivas ciertamente disímbricas e incluso antagónicas se puede reflexionar en torno a la incertidumbre y, como se ha intentado mostrar, muchos son los dominios en los que ella (la incertidumbre) impacta. Como segunda precisión es importante asumir el rol preponderante que un concepto de esta índole adquiere en la construcción de conocimiento dentro de las ciencias sociales contemporáneas (y más allá de ellas); la incertidumbre marca, en efecto, una forma de conducir y de hacer ciencia frente a la cual los viejos fantasmas de control y predictibilidad absoluta deberían desaparecer. Como tercer punto a destacar quisiera señalar la ambigüedad que rodea al concepto mismo de *incertidumbre*: como se habrá



podido notar, desde diversas perspectivas se puede entender a ésta como algo indeseable; ya desde la narrativa de la primera modernidad europea se comprende que el esfuerzo humano e histórico debiese estar volcado al control y manejo de la incertidumbre, prefigurando un mundo ordenado y claro. Sin embargo, también es cierto que, desde otras tantas perspectivas, la incertidumbre presenta una cara “deseable” o positiva: desde la noción de *edgeworking* y la búsqueda insaciable de experiencias extremas que afirman la autenticidad se entiende que la esencia de la incertidumbre, en efecto, ambigua y poco clara.

A este largo recorrido quisiera agregar únicamente una de las dimensiones que me parecen centrales para, con ello, apuntar hacia algunas conclusiones posibles en torno al desafío de la complejidad y la incertidumbre en el mundo y en las Ciencias Sociales contemporáneas. El concepto de tiempo y de temporalidad aparecen implícitamente en las reflexiones que se han desarrollado hasta el momento; cuando hablamos de incertidumbre, de una manera u otra, hablamos también del tiempo y de una forma específica de vivirlo y aprehenderlo. De ello se desprende, pues, la necesidad de reflexionar en torno a una idea particular del tiempo que, prescindiendo de tantas otras versiones, apueste por la apertura al tiempo futuro en su forma de contingencia e incertidumbre, mientras que en torno al presente lo asuma como una realidad fugaz y frágil.

La mayoría de las ocasiones el tiempo nos parece algo seguro y cotidiano, algo con lo que habitamos comúnmente. Contamos con instrumentos de alta precisión para medirlo, organizamos nuestras vidas temporalmente; sin embargo, ¿qué tan cierto es que el tiempo sea algo seguro? La reflexión de Wallerstein (2004) resulta ilustrativa al respecto, cierto es que todos habitamos en el presente y creemos saber lo que sucede en este preciso instante, sin embargo, también es cierto que el *presente* es la realidad más evanescente pues, como apuntaba San Agustín en sus *Confesiones*, deja de ser en el mismo momento que llega. Por su parte, el pasado y el futuro presentan otra serie de problemas cuando se intenta aprehenderlos. El primero de ellos, como tal, ya no *es*, sino sólo a través de la forma de la memoria y la historia; el segundo, propiamente *aún-no-es*, sino que se presenta a través de las imaginaciones, las proyecciones y los sueños.

De manera general, las reflexiones sobre el tiempo han recorrido un largo camino en la historia del pensamiento. Diversas son las formas de pensarlo y concebirlo: ya sea como un flujo abstracto, como el orden del movimiento, como flujo de consciencia, como categoría de la existencia,



etcétera. Al igual que con la incertidumbre, el tiempo se rodea de múltiples pares conceptuales que intentan dar cuenta de él: objetivo/subjetivo, social/individual, cósmico/histórico, físico/psicológico. El propósito de este breve texto no es el de recapitular la historia y las múltiples concepciones acerca del tiempo<sup>2</sup>, sino establecer algunas reflexiones que permitan asumir el carácter epistemológico de dicho concepto en la construcción de nuestras investigaciones. Al respecto, quisiera retomar lo señalado por Immanuel Wallerstein en su texto *Las incertidumbres del saber* a partir de la concepción del tiempo futuro como *incertidumbre*:

Si consideramos la incertidumbre como la piedra angular para construir nuestros sistemas de saber, quizás podríamos construir concepciones de la realidad que, aunque sean por naturaleza aproximativas y nunca deterministas, serían herramientas heurísticas útiles para analizar las alternativas históricas que nos ofrece el presente en el que vivimos (2004, p. 12).

Múltiples son las indicaciones que pueden ser extraídas de este breve texto. En primer lugar, al señalar el papel de la *incertidumbre* como “piedra angular” de los sistemas de conocimiento, Wallerstein reconoce la naturaleza indeterminada de cualquier aproximación científica, pues al mismo tiempo señala que éstas siempre serán aproximativas y nunca deterministas. Más allá del pesimismo epistemológico que una señal como esta pueda provocar en los lectores, es preciso señalar que es justamente esta dimensión la que apertura el campo del conocimiento a su propia reformulación y reflexividad. Enfrentados a un mundo cuyo cambio es constante y cuya complejidad es creciente, parece que ya no nos avocamos a la tarea de un conocimiento *supratemporal*, sino situado, contingente y profundamente heurístico. Finalmente, introduce una noción de la que poco se ha hablado hasta el momento: la categoría de *posibilidad*. En efecto, al abrir el campo del conocimiento a la incertidumbre no sólo se convoca a asumir la contingencia de los objetos observados y de los conocimientos producidos, sino a potencializar su propio campo de posibilidades; de esta forma, Wallerstein (2004), insiste en concebir a la ciencia como una aventura humana, quizás la *gran* aventura humana, señalando nuevamente que todo conocimiento, si bien es aproximativo, contingente y transitorio, puede generar concepciones más acabadas y refinadas de nuestra existencia.

---

<sup>2</sup> Para ello sugiero algunas obras cuya erudición permiten concebir un mapa general de la cuestión sobre el tiempo: Valencia, G. *Entre Cronos y Kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*. México: Anthropos; Ramos, R. *Tiempo y sociedad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas; Bergson, H. *Historia de la idea de tiempo*. Barcelona: Paidós.



### **A manera de conclusión: el desafío del porvenir**

En este breve texto he intentado, de manera general, ofrecer una problematización y un mapeo acerca de la situación particular del conocimiento frente a un mundo contemporáneo caracterizado como complejo e incierto. Partiendo de una breve discusión en torno al paradigma de la complejidad, a los usos y discursos que se dan acerca de él al interior de la estructura académica universitaria, propuse la necesidad de asumir y reflexionar en torno al concepto de la incertidumbre como *leit motiv* de un conocimiento propicio para los desafíos políticos, sociales, culturales, climáticos y globales que se suceden en el horizonte de lo posible.

En primer lugar, resulta preciso volver sobre los pasos andados, mirar reflexivamente aquellas “cajas de herramientas” con las que contamos para describir y entender el mundo. Reflexionando en torno a lo que se podría denominar el “paradigma de la complejidad”, se intentaron delinear algunos de los problemas que este paradigma presenta, sobre todo -y nuevamente- en el ámbito académico. En los últimos años dicho paradigma ha sido considerado como una suerte de receta universal, los discursos que se dan sobre él al interior de las aulas universitarias y equipos de trabajo dan cuenta de esa transformación. Sin embargo, en sus orígenes, el paradigma de la complejidad tiene poco que ver con la totalización del conocimiento. A través de la idea y el concepto de *incertidumbre* es preciso volver a abrir el campo del conocimiento a la contingencia y fragilidad de nuestros saberes. No basta, en ese sentido, con suponer y asegurar la multidimensionalidad de los fenómenos, sino que se vuelve necesario reconocer la historicidad profunda en la construcción de todo conocimiento y de todo objeto. Historicidad que, por supuesto, no se encuentra circunscrita al ámbito del tiempo pasado, sino esencialmente al espectro de sus posibilidades futuras.

La tarea de investigar, si se sigue el argumento de Wallerstein, es una aventura. Y, como toda aventura, se encuentra abierta a lo imprevisible, a lo contingente e, incluso, al fracaso. Lejos de las pretensiones absolutas de un saber determinista se abre la posibilidad de incluir la incertidumbre como elemento propio del conocimiento, lo que resta no es más que indagar, explorar y asumir el carácter siempre indeterminado del mundo, de nosotros y de nuestros saberes.



## Referencias

- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Ramos, R. (2020). Sobre las incertidumbres en las Ciencias Sociales. En: Ramos, Ramón y García, Fernando (coords.). (2020). *Incertidumbres en las sociedades contemporáneas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 15-46.
- Wallerstein, I. (2004). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa.